

De la verdadera importancia de Octavio Paz pude darme cuenta en mi primer viaje a México hace más de veinte años. Augusto Monterroso me llevó a una reunión de amigos escritores y muy pronto Paz se convirtió en el tema dominante. Y así siguió siendo en mis sucesivos y frecuentes viajes. Pude darme cuenta de que el Paz poeta era inseparable del ensayista y del político. La sociedad literaria mexicana estaba cada vez más dividida en los amigos de Paz y de la revista *Vuelta* y los amigos de Fuentes (quien, se dice, rechazó la reconciliación que le pedía o exigía Paz) y de la revista *Nexos*. La larga enfermedad que está sufriendo el país y la larga enfermedad que ha sufrido el poeta y humanista han servido para que finalmente hasta sus detractores se diesen cuenta de que Octavio Paz y el México contemporáneo son inseparables. La visión apocalíptica de sus últimos escritos no es un simple reflejo de unos sentimientos personales: es la trágica visión de su mundo, de un mundo, del mundo.

Finalmente, pude conocer a Paz, no en México sino en Londres. Me halagó que supiese quién era yo. Pronto me di cuenta de que sabía de mí y de otros cien mil iguales que yo. Me sorprendió su sentido del humor. Me sorprendió mucho más que este poeta al que yo, iconoclasta irredento, no había bajado nunca de su pedestal, bajase ahora por su cuenta para compartir con Jason Wilson y conmigo whisky y conversación. Cuando volvimos a vernos yo era ya colaborador de *Vuelta* y había comentado su obra. La última vez que hablamos por teléfono, enfermo y abatido por el incendio de su casa, me dijo que no escribía. Sentí que algo estaba perdiendo para siempre.

**JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS**

Juan Ruiz de Alarcón (1581–1639). Alarcón es un "caso". De allí, de su problematicidad, arranca, más que el valor de su obra, su sentido y actualidad. Cómo y por qué escribió lo que escribió son, a nuestro juicio, las preguntas que deberían hacerse —que de hecho se hacen— los investigadores. Su actualidad —nosotros no tenemos horror a lo "actual" sino a lo pasajero— proviene de su carácter extraordinario. Alarcón es una respuesta al siglo XVII español. En Alarcón, por vez primera, se presiente que lo mexicano no es, tan sólo, una dimensión de lo español sino, mejor que nada, una réplica. El teatro alarconiano es una réplica al teatro español; por eso no es nada accidental el entusiasmo con que su respuesta fue acogida por los franceses. Alarcón, el indiano, llega a España seducido por Lope, el monstruo de la naturaleza, pero ante ese monstruo, genial, poético, se inhibe. Se "enconcha" en su joroba, esa monstruosa joroba alarconiana que guarda, sin esconder, todas sus lágrimas no derramadas y que desde ese día será el símbolo de todo lo que no hará Alarcón. Y es que veía, en su joroba, a la de todo el teatro de su tiempo; como un espejo la veía retratada, con toda su violencia inmoderada, con toda su misteriosa ternura, con toda su impudente desgracia, henchida, hinchada de lágrimas. En suma, con toda su fatalidad. Y en un callado, heroi-

co esfuerzo artístico y ético, les dijo "no" a la Joroba de su tiempo y a su propia joroba. El precio fue caro: al huir de su joroba, de su fatalidad, huía de la Poesía. (4:141) 1939

Juan Rulfo (1917–1986). Si el tema de Lowry es la expulsión del Paraíso, el de la novela de Rulfo (*Pedro Páramo*) es el regreso. Por eso el héroe es un muerto: sólo después de morir podemos volver al edén nativo. Pero el personaje de Rulfo regresa a un jardín calcinado, a un paisaje lunar, al verdadero infierno. El tema del regreso se convierte en el de la condenación: el viaje a la casa patriarcal de Pedro Páramo es una nueva versión de la peregrinación del alma en pena. Simbolismo (¿inconsciente?) del título: Pedro, el fundador, la piedra, el origen, el padre, guardián y señor del Paraíso, ha muerto: Páramo es su antiguo jardín, y llano seco, sed y sequía, cuchicheo de sombras y eterna incomunicación. El jardín del Señor: el Páramo de Pedro. Rulfo es el único novelista mexicano que nos ha dado una imagen —no una descripción— de nuestro paisaje. Como Lawrence y Lowry, no nos ha entregado un documento fotográfico o una pintura impresionista sino que sus intuiciones y obseiones han encarnado en la piedra, el polvo, el pirú. Su visión de este mundo es, en realidad, visión de